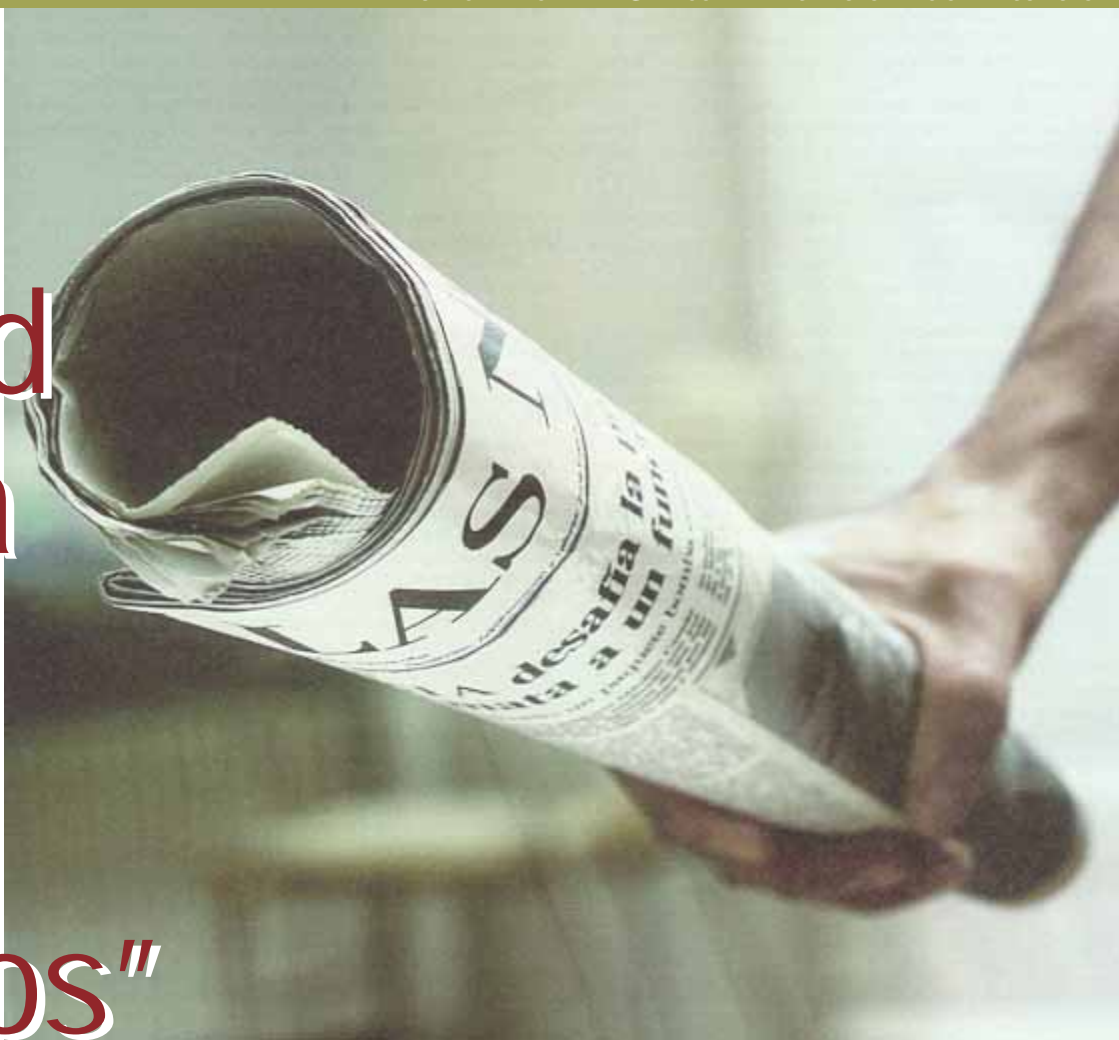




Conferencia dictada por el periodista Claudio Paolillo en el Forum para la Libertad que se realizara en la Universidad Católica el día lunes 27 de noviembre de 2006

La libertad de prensa en un "tiempo de cambios"



Desde hace un par de años, suele decirse que estamos en un "tiempo de cambios". Y eso es objetivamente cierto. Hubo en el 2004 un cambio muy importante en el elenco político que gobierna el Uruguay. Hay importantes cambios en las relaciones laborales, parece que va a haber importantísimos cambios en materia tributaria, hay cambios en el modelo que el país resolvió hace 21 años para transitar de la dictadura a la democracia, hay cambios en la relación con el Fondo Monetario Internacional, hay un cambio muy notorio en materia de políticas asistencialistas del Estado hacia los sectores más pobres de la sociedad, se preparan cambios trascendentes para la enseñanza e, incluso, hay cambios —algunos bastante inesperados— en el propio discurso del gobierno, que ganó en el 2004 diciendo algunas cosas y gobierna en el 2006 haciendo o prometiendo otras.

Así que, efectivamente, vivimos un "tiempo de cambios". Ahora, ¿ese "tiempo de cambios" también incluye a la libertad de expresión, a la libertad de prensa y al derecho del público a estar informado? ¿Hay también un "cambio" en esta materia en este gobierno con respecto a los cuatro gobiernos democráticos que lo precedieron? La respuesta es, a la vez, sí y no.

¿Por qué "no"? Porque, a su modo, el presidente Vázquez ha hecho público, de forma descarnada, lo que es habitual en todas las sociedades, en todos los países y en todos los tiempos: la prensa y el poder suelen vivir en

tensión, en una sana tensión, donde si un periodista fuera obligado a optar entre el supuesto dilema planteado en junio pasado por el presidente en cuanto a "ser oficialista" o "ser opositor" —opción que para los periodistas independientes es absurdo plantearse— no hay duda de que la sociedad se beneficiaría más si el periodista decidiera ser "opositor" puesto que esa sería la única forma de cumplir con una de las funciones fundamentales —no la única, pero fundamental— del periodismo: actuar como un "contrapoder", como un "perro guardián" del poder (como dicen los norteamericanos) o como un "vigilante independiente del poder" (como lo dijo hace muy poco tiempo el propio presidente Vázquez).

Esa tensión existió, con otros formas y otros estilos, durante los gobiernos anteriores. Existió durante el primer gobierno del doctor Sanguinetti, cuando al presidente le incomodaban algunas críticas y algunas informaciones y hacía pública su incomodidad, como lo hizo respecto a "Búsqueda" durante casi todo su mandato. También existió durante el gobierno del doctor Lacalle, quien a veces llamaba personalmente a los directores de los medios y en otras ocasiones a los mismos periodistas para reprocharles por noticias o comentarios que publicaban. Y existió durante el segundo gobierno del doctor Sanguinetti, cuando una distribución escandalosa de la publicidad oficial comenzó a ser denunciada y terminó con dos o tres funcionarios procesados con prisión y algunos más, sin prisión. Y, nobleza obliga, a pesar de todo lo que pueda

decirse en contra del gobierno del doctor Batlle, los periodistas somos quienes menos tenemos derecho a la queja, dado que ni él ni su entorno —salvo alguna notoria excepción— presionaron ni protestaron contra las críticas que se abatieron sobre su administración, que, como recordarán, fueron muchas, muy variadas y de todo tipo. Y tampoco la publicidad oficial fue empleada, en términos generales, como un instrumento de presión contra la libertad de prensa.

De modo que lo que hoy tenemos con el presidente Vázquez es la reedición natural de las tensiones entre la prensa y el poder, que ocurren en cualquier sistema democrático (si no es democrático, no hay tensión simplemente porque la prensa no es libre), con el estilo particular del doctor Vázquez, que, en algunas cosas, es diferente al de sus antecesores y en otras se les parece. Por ejemplo, en que se llame desde las oficinas del poder para protestar por artículos informativos o de opinión que se publican. En eso no hay cambios. Sí hay cambios en la aparición de lo que, con acierto, el editor jefe del diario "El Observador", Gabriel Pereyra, ha llamado "la claqué", es decir, unos medios de prensa que ya ni siquiera pueden llamarse "oficialistas" porque conscientemente apoyan al gobierno, sino que son directamente órganos de propaganda al servicio del gobierno y financiados por éste, lo cual es una cosa muy diferente.

Esto no quiere decir que haya que quedarse de brazos cruzados, diciendo apenas que la "tensión" es normal y punto. Porque,

analizando específicamente el caso del doctor Vázquez, del Poder Ejecutivo que preside y de los demás poderes del Estado que están actuando en lo que va de su gobierno, se hace necesario estar prevenidos.

En octubre pasado, durante la Asamblea Anual de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) en la ciudad de México, el informe sobre Uruguay, aprobado por unanimidad, advirtió que “la libertad de prensa sufrió un severo retroceso” en el semestre anterior, “durante el cual se han acumulado sentencias judiciales y ataques crecientes desde el Poder Ejecutivo”. El informe de la SIP recordó las declaraciones públicas del presidente en junio, cuando salió a “marcar” a algunos medios de comunicación, mencionándolos con nombre y apellido, para identificarlos como “actores políticos” que forman parte de la “oposición”, en un intento por restarles autoridad y credibilidad ante el público. Esta salida del presidente dio vía libre para que numerosos funcionarios jerárquicos atacaran a esos medios procurando acallar noticias u opiniones inconvenientes para la administración.

Esta visión conspirativa del papel de la prensa ya había sido insinuada por la ministra de Salud, cuando se le ocurrió lanzar la idea de que entre los periodistas uruguayos había lo que llamó, igual que el presidente Bush, un “eje del mal” en el que integrantes de medios de comunicación que jamás identificó actuarían en coordinación buscando deliberadamente perjudicar al gobierno. Por supuesto, la ministra nunca dijo, a pesar de que fue interrogada al respecto en más de una ocasión, quiénes integrarían ese supuesto “eje”, dónde se reuniría, qué tramaría ni quiénes serían sus “cabecillas”. Pero la idea quedó instalada, lo cual era, en definitiva, el propósito que buscaba.

El planteo presidencial de señalar como “actores políticos” de la “oposición” a determinados medios y periodistas que trabajan de forma independiente es un intento preocupante por restarles credibilidad desde el poder. El presidente coloca a esos medios y a esos periodistas en un lugar que no están, como si estuvieran compitiendo con el doctor Larrañaga, con el doctor Batlle, con el doctor Lacalle o con el doctor Sanguinetti para sustituirlos en su rol de “oposición política” — que esa sí es la que corresponde legítimamente— y como si los periodistas o los dueños de los medios tuvieran aspiraciones presidenciales o quisieran ser diputados, senadores o ediles.

Lo que ha dicho el presidente —que es lo que cree y repite buena parte de su gobierno— se puede analizar por el absurdo (y, entonces, algunos lo tomarán para la broma) pero también se puede analizar tomándolo muy en serio (y, entonces, algunos pueden acabar horrorizados con la perspectiva para el futuro que ese tipo de pensamiento importa).

Para analizarlo por el absurdo, me voy a permitir citar algunos conceptos de un editorial

de “Búsqueda”, que es el semanario que dirijo y que fue uno de los mencionados específicamente por el presidente en su “lista negra” de medios “opositores”.

Decía “Búsqueda” en ese editorial que “algo de cierto” había “en la inesperada incursión” que había protagonizado el presidente Vázquez, cargando contra los medios de comunicación en un intento por “mellar su credibilidad ante la opinión pública”. ¿Qué había de cierto? Que, efectivamente, el gobierno tiene oposición. El problema es que el presidente se equivocó cuando identificó dónde estaba la oposición. Y en este, como en tantos otros temas, el presidente no tenía que ir muy lejos para descubrirlo: la oposición al gobierno del presidente Tabaré Vázquez es, a veces, el propio presidente Tabaré Vázquez y, otras veces, la gente de su mismo gobierno. Quizá por ello mismo busca tener una oposición afuera, que opere como elemento unificador hacia adentro.

“Se trata —decía ese editorial— de una vieja fórmula: el que se te opone te sostiene y también te une. Nada mejor que identificar un enemigo común. Era a lo que recurría el Gran Hermano, en el país creado por Orwell en su libro ‘1984’, que siempre estaba en guerra contra un enemigo externo. Y en la vida real no es diferente: ¿qué sería de Fidel Castro y su eterna dictadura si no fuera por el embargo y la torpe política exterior norteamericana?”.

Continuemos entonces con el razonamiento por el absurdo, porque absurda es la conminación presidencial para los medios y los periodistas profesionales e independientes, cuando nos exige que asumamos que somos “actores políticos” y para que nos sumerjamos en el sin sentido de preguntarnos, ante cada noticia y ante cada opinión, si estamos siendo “opositores” o si estamos siendo “oficialistas”.

Si siguiéramos esa pretensión presidencial, los periodistas deberíamos hacernos todos los días preguntas absurdas. Por ejemplo: si el gobierno firma un TLC con EE.UU., como dijo el propio presidente y su ministro de Economía que lo haría, ¿somos “oficialistas” por publicarlo o por estar de acuerdo con eso? Y si no firma el TLC con EE.UU., como dijo también el propio presidente y su ministro de Relaciones Exteriores que no lo haría, ¿somos “opositores” por informarlo o por estar en desacuerdo con eso? Si discrepamos con Kirchner y sus piqueteros por cortar ilegalmente el tránsito en los puentes sobre el río Uruguay y damos cuenta de eso ¿somos “oficialistas”? Si nos alarma la legitimación gubernamental de las ocupaciones de fábricas porque eso puede volver inservible la gran estrategia proclamada por el mismo gobierno de atraer hacia el Uruguay toda la inversión privada posible, ¿somos “opositores” por nuestra preocupación y por decir lo que está sucediendo? Si compartimos el planteo del ministro Astori para que la Universidad de la República comience a cobrar matrícula a efectos de evitar la ultra-regresiva transferencia de

recursos que desde hace mucho tiempo permite a los más pudientes estudiar gratis a costa de los impuestos que pagan los más pobres, ¿somos “oficialistas” o somos “opositores”? Si informamos sobre el empeño del ministro Mujica por lograr nuevas refinanciamientos para los productores agropecuarios y a la vez sobre la advertencia de Fernando Calloia, presidente del BROU, en cuanto a que eso podría suponer un premio indebido para los que no quieren pagar sus deudas y un castigo injusto para los que ya cumplieron, ¿somos “opositores” o somos “oficialistas”? Si nos parece positivo que el gobierno contribuya con las misiones de paz de la ONU enviando soldados a zonas conflictivas del mundo, mientras una parte importante del Frente Amplio está en contra de eso, ¿somos “oficialistas” o somos “opositores”? Si nos proclamáramos a favor de despenalizar el aborto, como la mayoría amplísima del Frente Amplio quiere mientras el presidente dice que vetará cualquier ley que proponga eso, ¿seríamos “opositores” o seríamos “oficialistas”? Y si estuviéramos en contra del aborto, ¿qué seríamos? ¿Seríamos “opositores”, seríamos “oficialistas” o simplemente seríamos “católicos”? Si difundimos e incluso estamos de acuerdo con el ministro Mujica para que la Universidad estatal estimule a los jóvenes a efectos de que estudien menos para ser abogados o contadores (porque sobran) y que estudien más para ser técnicos agropecuarios o biólogos (porque faltan), ¿somos “oficialistas”? Si el mismo ministro confiesa que la gran revolución que está en el “debe” de este gobierno es una reforma del Estado que, entre otras cosas antes llamadas “neoliberales”, modifique el régimen de inamovilidad de los funcionarios públicos y alguien editorializa a favor de él, ¿es “opositor” o es “oficialista”?

Esta relación de preguntas —que no es exhaustiva ni completa— pone de manifiesto el carácter absurdo del planteo.

Pero también pone de manifiesto cómo las palabras del presidente de la República, si se las analiza tomándolas en serio, revelan la verdadera naturaleza de lo que ocurre: el presidente y su gobierno tienen serias discrepancias sobre temas de fondo. El presidente no termina de decidir sobre ninguna de ellas y busca crear “chivos expiatorios” afuera para evitar tomar el toro por las astas y así continúa navegando en la indecisión.

El presidente nos reclama a los periodistas profesionales e independientes que “reconozcamos” que somos “actores políticos” de la “oposición”. Pero, como hemos dicho, desgraciadamente no estamos en condiciones de complacer tan alto pedido. Al menos no en el sentido en que nos es planteado. Si el presidente se refiriera a nosotros como “ciudadanos de la polis” para identificarnos como “actores políticos”, no habría ningún problema en aceptar lo obvio: somos, sí, tan “actores políticos” como cualquier ciudadano, en tanto tales. Pero el presidente pretende que aceptemos lo inaceptable: que somos “actores

políticos” en la legítima pugna por el poder, reservada en la democracia a los partidos políticos. En otras palabras: el presidente, como no pocos de sus antecesores y colegas de Uruguay y del exterior, nos quiere meter en la misma “bolsa” del poder político para, de esa manera, desvirtuar la función que él mismo dijo que el periodismo está llamado a desempeñar, como “vigilante independiente del poder”.

En realidad, este nuevo “gato” que el presidente tiró arriba de la mesa para “marcar” a la prensa como un “actor político” que está en la vereda de enfrente del gobierno busca, como decía antes, desviar la atención de los problemas internos que enfrenta su partido para tomar posición en los temas más trascendentes y unir lo que adentro se está fragmentando, creando un “enemigo externo” contra el cual estén todos.

Es necesario advertir, no obstante, que después de las expresiones del presidente Vázquez, recrudesció la hostilidad verbal de numerosos miembros de su gobierno contra medios y periodistas, así como las continuas quejas desde el oficialismo en la materia. Y entonces, aquellas expresiones contra la prensa de miembros del gobierno, como la de la presunta existencia de un “eje del mal”, que al principio muchos presumíamos aisladas y no representativas, pasaron a cobrar otro sentido.

Después de lo dicho por el presidente, cobra otro sentido la declaración pública del ministro del Interior cuando manifestó que lo que llamó el “poder mediático” en Uruguay es “más fuerte que otros poderes democráticos” y, luego, deslegitimó el papel de la prensa en la democracia con el manido argumento utilizado siempre por los totalitarismos de izquierda y derecha, de que a los medios “nadie los eligió”, a diferencia de los gobernantes que pasaron por la prueba de las urnas.

Después de lo dicho por el presidente, cobra otro sentido lo que en mayo pasado dijo su ministro de Ganadería, cuando acusó a los medios de comunicación y a los periodistas uruguayos de mantener a la gente “sumergida en una especie de tonta bobería” al convertir asuntos que él no considera “urgentes” en “temas esenciales”, alejando de ese modo al público del conocimiento de lo que para él son “cuestiones fundamentales”. Mujica reiteró aquél día el sonsonete de que “los dueños” de los medios de comunicación “no son afectos” al Frente Amplio y concluyó que, por esa razón, “políticamente no son ni podrán ser sinceramente independientes”. Pregunto: ¿sólo serían “sinceramente independientes”, entonces, si fueran “afectos” al Frente Amplio?

Después de lo dicho por el presidente, cobra otro sentido la afirmación de su propia esposa, la señora María Auxiliadora Delgado, en cuanto a que la prensa “saca de contexto” las noticias y que “la mayoría” de las cosas que hace el periodismo uruguayo están mal hechas porque “no hay nadie que exagere bondades del gobierno”.

Y después de lo dicho por el presidente, cobra otro sentido la declaración del ministro de Trabajo, Eduardo Bonomi, respecto a que los periodistas recogen las noticias, pero luego, los secretarios de redacción se las “podan de arriba a abajo”, se las “reescriben de nuevo”, les ponen “los títulos que se les ocurren” y le hacen decir de ese modo “lo contrario” de lo que afirma.

Cuando un vendaval de críticas arreció por las declaraciones hechas por Vázquez en junio, colocando a unos medios en la “lista negra” de los “opositores” —vendaval que, cabe recordar, incluyó a los medios acusados y a muchos otros que no habían sido insertados en la “lista negra” y no quisieron sentirse “oficialistas”— el presidente trató de “arreglar” el asunto diciendo que lo que había dicho era contra las empresas y no contra los periodistas. Ese intento por “quedar bien” con los periodistas tampoco le salió bien. Fue peor la enmienda que el soneto. Porque, si fuera cierto que las empresas son “actores políticos” que “tergiversan” la información a propósito y participan en “operaciones políticas” para perjudicar al gobierno, los periodistas que en ellas trabajan serían simples marionetas sumisas y corruptas, dedicadas a servir a sus respectivos amos o tendrían un nivel de cobardía cómplice que no admite excusas. Yo diría que esto es incluso más ofensivo para la dignidad de los periodistas que decirles directamente que están complotados en contra del gobierno. Porque esto, aunque sea mentira, lo harían a conciencia y por su propia voluntad. Lo otro, que también es mentira, lo harían de puro alcahuetes de sus empleadores.

Como dijo la semana Enrique Etchebarren, el editor jefe del diario “El País”, a propósito del último de los exabruptos gubernamentales, el del ministro Bonomi diciendo que los secretarios de

redacción traicionan el trabajo honesto de los periodistas haciéndoles informar mentiras, “constituye un agravio a los profesionales de la comunicación” y demuestra que “el camino emprendido desde el gobierno de denostar a los periodistas se repite y que esa contumacia es, además de injusta, preocupante”.

Para resumir una conclusión a este respecto, si bien en las democracias la prensa y el poder suelen vivir en una tensión que es propia del funcionamiento del sistema, no deja de ser grave que el presidente de la República haga y difunda “listas negras” de medios y periodistas porque eso tiene que ver con la libertad de expresión y el derecho a la información de los ciudadanos.

Por eso, es inquietante la elección del presidente Vázquez de colocar a la prensa, o a parte de ella, como “enemiga” suya. El presidente parece haberse contagiado en esto del estilo de sus colegas de Argentina y de Venezuela, que hace rato optaron por este camino. Ellos ya lo hacen con una virulencia y un abuso de poder que, por ahora, es mucho más perjudicial que el accionar del gobierno uruguayo. Pero Kirchner y Chávez empezaron así: haciendo “listas negras” de medios y de periodistas y acusándolos de conspirar contra sus gobiernos. Luego, vinieron todos los atropellos que no han llegado al Uruguay, al menos hasta ahora. Pero por eso, por el rumbo que parece insinuarse, por sentencias judiciales recientes claramente restrictivas de la libertad de expresión, por las permanentes declaraciones emanadas desde el poder atacando una y otra vez a los medios y a los periodistas, es bueno que no sólo los periodistas sino toda la población que quiere información y opiniones libres exacerben su preocupación. Es bueno que estemos atentos.

